

Él nos amó primero¹

1. Hoy el Evangelio nos ofrece la respuesta del Señor a la importante cuestión planteada por un buen escriba: *¿Cuál es el primero de los mandamientos de la ley?* Es probable que aquel hombre no solo tuviera en mente el resumen que ofrecía el Decálogo, sino el abrumador conjunto de más de setecientos preceptos que un israelita piadoso tenía que cumplir en tiempos de Jesucristo.

Con cierta pausa y solemnidad, dando mucho peso a cada una de sus palabras, el Señor en su respuesta aborda lo esencial: Amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas, ese es el primer mandamiento. Y, el segundo, amar al prójimo como a uno mismo.

Hay que destacar, de modo inmediato, que Jesús no responde solo con su palabra, sino principalmente con *el testimonio de su vida*. Es por medio de su propia persona como Cristo nos reveló que amar a Dios y al prójimo son un solo mandamiento. Ambos preceptos forman una profunda unidad como, según decía Benedicto XVI, ocurre en la Cruz, que con su brazo vertical nos lleva a Dios y con su brazo horizontal nos lleva al prójimo.

2. Ahora bien, podríamos preguntarnos, ¿es posible un amor así? Pretender esto, ¿no sería más bien una mera ilusión inaccesible en un mundo como el nuestro tan lleno de egoísmos? ¿No serán solo palabras bonitas que, más tarde o más temprano, se lleva el viento? ¿Se puede amar, de verdad, a un Dios que no se ve?

La respuesta definitiva a estas difíciles interrogantes comenzaría por recordar que nuestro Dios no es del todo invisible. Como apunta san Juan *Él nos amó primero²* y nos *envió a su Hijo único para que vivamos por medio de Él³*. En Jesús, el Dios encarnado, podemos ver el rostro amoroso del Padre Celestial. Los Evangelios nos muestran que Él sale a nuestro encuentro caminando por los senderos de Palestina, sentándose a la mesa con nosotros, acariciando a los niños, perdonando a los pecadores, lavando los pies a los apóstoles, tratando con exquisita delicadeza a las mujeres; llegando, finalmente, hasta esa inaudita locura de dejar que una lanza traspasara su Corazón.

En efecto, *Él nos amó primero*. No lo olvidemos, porque nada mueve más al amor, decía santo Tomás de Aquino, que el saberse amado. Reconocer ese palpable amor nos llevará, como de la mano, a devolver amor por amor. Será un proceso que durará mientras estemos en este mundo, y que terminará por unirnos dulcemente a Cristo en la vida eterna.

Según cuenta Albino Luciani (quien luego sería el Papa Juan Pablo I) san Francisco de Sales imaginaba un día entrevistar a la reina Margarita, esposa de san Luis rey de Francia. El diálogo se da en plena Edad Media, la reina estaba a punto de embarcarse al Oriente para participar en una cruzada:

¹ Homilía en el domingo XXXI del tiempo ordinario, ciclo B.

² 1 Juan 4, 10.

³ *Ibid.* 9.

-¿A dónde va, señora?
 - A donde va el rey.
 - Pero, ¿sabe exactamente a dónde va el rey? (...).
 - No me preocupa saber a dónde va; lo único que me importa es ir con él (...).
 - Su marido va a Egipto, se detendrá en Damietta, en Acre y en otros lugares remotos. ¿Tiene usted intención de ir allí?
 - Realmente, no. No tengo otra intención que la de estar junto a mi rey. Los lugares adonde vaya me tienen sin cuidado. Lo único que me importa es (...) la presencia del rey⁴.

La conclusión para Francisco es obvia: el rey es Dios y nosotros debemos de ser como Margarita. Si de verdad lo amamos, lo único importante es estar con Él. Como un niño en los brazos de su madre o de padre. Da igual estar a la derecha que la izquierda. Arriba o abajo.

3. Estar con el Rey. Estar con Cristo. Eso es lo importante. Conversar con Él en la oración, recibirlo en la Eucaristía, leer con la mayor atención su paso por la tierra en los relatos evangélicos, y tantas cosas más, nos harán con el tiempo recia y hondamente piadosos. Y de esa piedad podremos luego sacar fuerzas para amar al prójimo como Dios manda.

Hemos hablado recientemente de diversas manifestaciones de esa caridad, sobre todo del espíritu de servicio. Hoy quisiera proponerles el ejemplo que hoy, día 3 de noviembre, nos ofrece el calendario litúrgico: san Martín de Porres. Aquel sencillo y humilde fraile mulato que con su cariño se robó el corazón de toda la ciudad de Lima en la época virreinal. En la homilía de su canonización, decía san Juan XXIII: *Amaba a sus prójimos, porque los consideraba verdaderos hijos de Dios y hermanos suyos (...) a todos los tenía por más justos y perfectos que él (...). Ponía todo su empeño en retornar al buen camino a los pecadores; socorría a los enfermos; procuraba comida, vestido y medicinas a los pobres (...) ayudaba especialmente a los negros y mulatos que, por aquel tiempo, eran tratados como esclavos (...) por lo que recibió el apelativo de “Martín de la caridad”*⁵.

No fue sacerdote, solo hermano lego. Era hijo ilegítimo de un caballero español y una esclava de origen africano. En su vida no dio nunca memorables homilías en las festividades litúrgicas como otros grandes predicadores de su orden dominica. No escribió profundos tratados de filosofía o de teología, ni fue catedrático universitario. No hizo nada de eso. Él solo se dedicó a amar con obras a sus semejantes. Y, ¿quién se acuerda hoy día de esos ilustres sabios de su tiempo? Mientras a san Martín lo recuerda con cariño y gratitud la Iglesia Universal.

Cuentan de un alma que, al decir al Señor en la oración “Jesús, te amo”, oyó esta respuesta del cielo: “Obras son amores y no buenas razones”—escribió san Josemaría.

Procuremos nosotros, con la ayuda de santa María, no merecer ese cariñoso reproche. Amemos a Dios y a nuestros hermanos, con obras y de verdad.

⁴ A. LUCIANI, *Ilustrísimos señores*, pp. 127-128.

⁵ SAN JUAN XXIII, *Homilía en la canonización de san Martín de Porres*, 6-V-1962.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 3 de noviembre de 2018.